

purada y jadeante, la muchacha gritaba:

— Pero, ¿están ustedes ciegos? ¡Miren hacia adelante!... Allá, en el camino...

## V

CÓMO EL REY PAUSOLE FUÉ RECIBIDO  
POR EL PUEBLO DE TRIFEMA.

El 30 de enero de 1589, hubo en la ciudad varias procesiones en las cuales había, entre niños, niñas, hombres y mujeres, de quinientas á seiscientas personas completamente desnudas, de tal suerte que, — ¡Dios sea loado! — jamás se vió cosa tan bella.

*Crónica de las cosas ocurridas en Paris desde el 23 de diciembre de 1588.*

Por la carretera, bajo el hermoso sol de junio, adelantábase una muchedumbre, anunciada por bullicio, canto y música.

El paje y Taxis se detuvieron.

— ¿Qué gente es esa? dijo Pausole, que ya había llegado á ellos.

— Me parece, dijo Gilillo, que Trifema prepara á su buen monarca una recepción triunfal.

— ¿Cómo? ¿una recepción? ¡Pero si estoy haciendo un viaje secreto!... Después de todo, quizá no haya guardado un riguroso incógnito, puesto que vengo con cetro y corona; sin embargo, no había yo dado aviso de mi llegada, y me asombra lo que estoy viendo.

— Trifema está á siete kilómetros del palacio real. Con bicicleta, se recorren en un cuarto de hora. La ciudad entera ha tenido noticia de vuestra salida de palacio ayer antes de mediodía. Ha tenido todo el tiempo necesario para preparar una acogida cordial y pomposa, y se me figura que no podremos evitarla, Señor, que nos guste ó no.

— Lo siento, pero me resigno, dijo Pausole. Aceptemos con cara risueña lo que tengan á bien imponernós. La popularidad es una carga pesada; pero tengo por loco á quien rabie contra ella.

\*\*\*

En el centro de una glorieta, la cabeza de la procesión se detuvo á seis pasos del Rey.

La formaban dos jóvenes doncellas montadas á horcajadas sobre yeguas

árabes de capa blanca y larga cola. Sus cabellos negros estaban coronados de peonías. Sus piernas, muy morenas, lo resultaban más aún por el contraste que formaban con el color plateado de sus monturas, y sus diminutos pies caían rectos, pues dichas jóvenes no tenían silla ni estribos.

Con una sola mano, cada una de ellas empuñaba las riendas de seda, y, con la otra, el asta de bambú de una ligera bandera que, tendida entre ambas, alzaba sobre el cielo estas palabras bordadas con seda y plata :

**¡VIVA NUESTRO BUEN REY PAUSOLE!**

Más lejos, otras dos jóvenes alzaban una segunda bandera sobre la cual podía leerse :

**TRIFEMA ES FELIZ**

Una tercera pareja seguía, con esta última inscripción :

**TRIFEMA ES AGRADECIDA**

Luego, largas filas de mujeres que

llevaban sobre la cabeza canastos de flores formaban marco, primero á la música, y luego á las autoridades de la ciudad, hombres con barba ó ancianos afeitados, todos ellos vestidos de dril blanco.

Detrás, un gentío enorme seguía.

— ¡Oh qué bonito, qué bonito! dijo Filis con una mano en la barbilla. ¿Es para nosotros, todo eso? ¿para nosotros dos? ¿Es una fiesta para mi boda?

— Sí, dijo Pausole. Lo has adivinado.

Entonces, Filis gritó :

— ¡Vivan las trifemesas!

Su voz aguda atravesó el aire, dominando hasta las charangas, y la multitud contestó :

— ¡Viva el Rey Pausole!

Luego, ya que los instrumentos de cobre hubieron terminado una marcha triunfal, entonaron el Himno Pausoliano.

Pausole no lo escuchó en pie. Un señor que, con mano febril y mirada inquieta no cesaba de ir y venir, después de mandar que formara círculo la procesión condujo al Rey á un estrado levantado á toda prisa en la umbrosa glorieta.

Filis, al no ver asiento para ella, se

sentó sobre un cojincito. Diana la Cope-  
tuda, que tenía sabrosos motivos para  
mostrarse menos celosa que la víspera,  
se contentó con un cojín semejante. Así,  
entre sus dos mujeres, cual estatua de  
mármol adornada de figuras alegóricas,  
Pausole abrió los brazos al mismo tiempo  
que inclinaba la cabeza, expresando así  
á todos que se declaraba colmado de  
honoros, y ocupó su trono.

De sobra preveía que le era menester  
aceptar como una plaga divina la elo-  
cuencia oficial...

Pero la Ciudad quiso halagar sus pre-  
ferencias, y el primero de todos los dis-  
cursos fué pronunciado por un hombre  
del pueblo.

— Señor, dijo el orador, mucho cariño  
os tenemos, nosotros los pobres que care-  
cemos de hogar. Cuando estamos ten-  
didos á lo largo de una pared ó sobre la  
tabla verde de un banco, durmiendo ó  
amando, no nos llevan á la cárcel para  
castigarnos por no ser ricos. Cuando no  
tenemos diez céntimos para comprar pan,  
no nos obliga la ley á robar unos francos  
para comprarnos un pantalón. Cuando  
carecemos de todo, sabemos que podemos  
entrar en las reales tahonas, en donde

en vuestro nombre dan alimento á los  
habrientos. En fin, mientras nada malo  
hacemos contra los que nos dejan pasar,  
tenemos derecho á ser miserables, y, no  
obstante, á no ser asesinados por la mi-  
seria... Sólo en nuestro país se ve cosa  
semejante. El Rey Pausole es un buen  
hombre.

Pausole extendió la mano.

— Ese discurso me gusta mucho. Que  
á ese pobre le den una casita, una pen-  
sión, tabaco, buen vino, y dos ó tres  
robustas mozas para que calienten sus  
sábanas en diciembre. Que se dé otro  
tanto á doce desdichados semejantes  
designados espontáneamente por él. Cár-  
guese todo ello á mi bolsillo particular,  
y, si tienen hijos, doblo la renta. En fin,  
reúnanse á los demás pobres que andan  
errantes, y déseles á cada uno una  
monedita de oro, á modo de regalo,  
para festejar mi feliz entrada en mi buena  
ciudad de Trifema.

Hubo repetidas aclamaciones.

Otro orador se adelantó.

— Señor, dijo, os bendecimos, nos-  
otros los comerciantes de menor categoría,  
pues nos dejáis en paz, y vendemos lo que

se nos antoja, sin patentes ni privilegios. Nadie tiene derecho á entrar en nuestras tiendas de parte del gobierno : nuestras cerillas, nuestros cigarros, y hasta nuestras barajas, ningún sello del Estado llevan. Si el parroquiano desdeña nuestras corbatas pero siente repentina afición por la vendedora y se lo manifiesta, podemos cerrar los ojos sobre lo que ocurre en nuestra trastienda, sin que abra los suyos el Estado en un caso en que nadie pide su apoyo. Si, con objeto de equilibrar nuestro balance de fin de año, declaramos teñir los pañuelos que vendemos, nadie viene á triplicar nuestros impuestos para empujarnos á la quiebra, arruinando al mismo tiempo á veinticinco infelices. Á vos sólo, Señor, debemos una suerte que Europa nos envidia. En nombre de todo el comercio de menor categoría, doy gracias á Vuestra Majestad.

— Amigo mío, dijo Pausole, no aceptaría usted que le diese un socorro que no necesita, pero regalo diez hectáreas de tierras de la corona, con el dinero necesario, para levantar una casa de retiro destinada á los comerciantes de su clase de usted que hayan tenido mala suerte en sus negocios. Si pudiera añadir

la más ligera libertad á las de que ya gozan ustedes, con júbilo lo hiciera; pero, el código de Trifema, al negarme todo derecho á imponeros una traba cualquiera (y tal ha sido mi intención), me priva al mismo tiempo del placer de aportaros una nueva libertad. Penétrese bien de tantas ventajas, puesto que usted mismo me afirma que son verdaderas, y sin escrúpulo ni compasión destronen á mi sucesor si pretende limitar en lo más mínimo el ilimitado campo que entrego á vuestras iniciativas.

— ¡Viviréis siempre! gritó el pueblo.

— Me complace el creerlo, contestó Pausole.

Un tercer personaje se presentó. El sentido de su discurso se leía en sus ojos, y más aún en el prolongado gesto de la mano por el cual anunció el movimiento de su primer período.

En nombre de las clases directoras se disponía á dar las gracias al Rey por los beneficios que sus amigos sabían sacar de la gran ley trifemesa.

Pero el Rey le detuvo, con una palabra.

— Caballero, sólo un lugar secundario ocupaba en mis reales designios la clase

á que usted pertenece cuando me decidí á modificar radicalmente las costumbres. Si mi ley les gusta á ustedes, me declaro satisfechísimo; pero convendrá usted conmigo en que usted y sus amigos podían alcanzar la felicidad, en el límite de las dichas humanas, sin que tuviera yo que darles palmaditas en las mejillas para que no lloraran. La estúpida carga de las leyes os oprimía lo mismo que á los más humildes de mis súbditos. No obstante, el interés de éstos merecía más atención que el vuestro, y no beneficiáis de las nuevas leyes sino porque ellos benefician de ellas en primer término. Esto no impide que sea sensible á su homenaje de usted y que acepte gustoso las gracias que me da. Es usted hombre, y, como todos los hombres, tenía usted completo derecho á vivir con entera independencia. Tengo el placer de saludarle.

\* \*

Redoblaron las aclamaciones.

Pausole y sus compañeros volvieron á sus monturas. El séquito, las portaestandartes, la muchedumbre, los bagajes y los cuarenta lanceros seguían unos tras

otros, en desorden imaginado por Gilillo, quien acababa de tomar el mando.

Mientras, el jefe de la Seguridad, á quien el Rey había llamado aparte, oyó las siguientes palabras :

— Prefiriera, caballero, haber entrado



en Trifema sin ser reconocido, ni conocido, pues al objeto que persigue mi viaje convienen el misterio y el silencio. Pero, puesto que todo el mundo está enterado de mi viaje, no me quedan motivos razonables para ocultarle á usted á qué vengo, privándome así de su celo é inteligencia. Sea usted, pues, mi auxiliar.

— Será mi deber y mi honra, contestó el fiel agente.

— Mi hija, la Princesa Alina, se ha marchado de palacio el jueves. Ha tenido para ello sus razones, y no permito á nadie que las ponga en discusión. Un joven la aconseja, la acompaña y la protege. Ignoro adónde la ha conducido, y quisiera que se aclarara este primer punto. También ignoro quién es él, y convenría que me sacaran de esta segunda incertidumbre.

— ¿Puede Vuestra Majestad darme una filiación?

— ¡Taxis! llamó el Rey.

Muy pálido, Taxis compareció. Pausole le dijo en voz baja :

— El jefe de la Seguridad pide la filiación del desconocido á quien perseguimos...

— ¡Ah!

— ¿Qué ocurre? conteste... ¿la tiene usted?

Desgarrado por la obligación de obedecer, hundió Taxis una mano temblona en su bolsillo, y sacó de ella un papel, presentándolo al jefe de la policía.

« ¡La filiación, se decía, la filiación!... ¡Ah desgraciado joven!... ¡Admirable

mártir!... ¡En seguida lo reconocerán, y yo seré quien lo haya entregado! »

El documento decía :

ESTATURA . . . . .	Mediana.
PELO. . . . .	Castaño.
BARBA . . . . .	Nada.
OJOS. . . . .	Grisés.
FRENTE . . . . .	Mediana.
NARIZ . . . . .	Ordinaria.
BOCA. . . . .	Mediana.
BARBILLA . . . . .	Redonda.
CARA. . . . .	Ovalada.
SEÑAS PARTICULARES	Ninguna.

— Perfectamente, dijo el jefe de la Seguridad. Con señas tan características, podemos comenzar nuestra indagaciones. Pero, ¿qué edad?

— Unos dieciséis años, dijo Pausole.

Y Taxis añadió :

— Dieciséis... ó dieciocho... Menos de treinta... Probablemente menos de treinta... No se le ha visto de cerca...

— Entonces, ¿cómo se conoce el color de sus ojos? preguntó el policía.

— Se conoce... se conoce... más exacto sería decir que se supone...

— Otra cosa : ¿ tiene barba, sí ó no? La filiación pretende que no...

— Poca barba... Poca... Pero un poco.

— Además, eso, poca importancia tiene. Así y todo, basta y sobra con lo apuntado.

Taxis se escurrió á toda prisa.

— Señor jefe, repuso Pausole, tenga usted á bien no importunarme con preguntas ni con informes. No olvide, también, que tiene usted por misión descubrir, no arrestar. Únicamente le pido que averigüe. Una vez averiguado, redacte un informe y remítalo á mi paje : aquel que está montado sobre una zebra, al lado de la Reina Filis que le habla y se ríe en este momento. No obstante, si sus esfuerzos de usted obtuvieran resultado favorable entre las doce de la noche y las doce del día, tendría usted por superior á mi consejero Taxis, el mismo que acaba de retirarse. Pues mi paje no tiene autoridad más que durante una mitad del día. Puede usted retirarse. Le he dicho á usted cuanto tenía que saber.

Durante esta conversación, Gilillo se había acercado á Filis.

— Váyase de aquí, le dijo la muchacha

con ceño que quería aparentar severidad.

— ¿ Por qué?

— Porque me resulta usted más simpático cada vez. Y parece ser que no tengo derecho á decirselo.

— En ese caso, no lo diga usted...

— ¡ Pero es que lo pienso!... ¡ Váyase!... me están dando ganas de darle un beso.

— No por cierto, no...

— Sí... ahí, en el cuello, detrás de la oreja, en el sitio en que me plantó usted un beso tan bien dado, tan rico... Voy á darme yo uno en la mano... Fijese... es para usted

— Lo he sentido.

— ¡ Y yo también, puede usted creerlo!...

Se puso muy colorada, comprendiendo que Gilillo la miraba.

Se callaron.

— Pero, márchese, repuso Filis. Me hace usted decir horrores.

— No opino como usted.

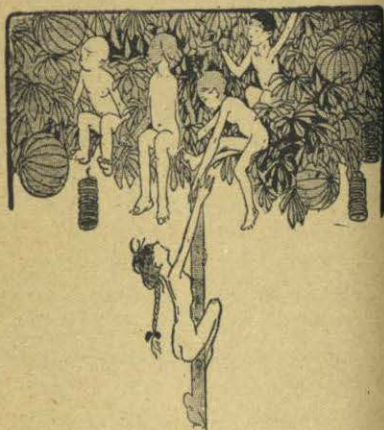
— ¿ De veras? Vaya que sí... Es preciso no escucharme... nunca sé más que aquello que es inconveniente...

— Tampoco yo.

— Por ejemplo, en usted he estado pensando, anoche, desde que usted se marchó... ¿ Puedo decir esto, ó no?

— Si es verdad...

— ¡ Oh! veo que le ha gustado lo que le he dicho! Se ha turbado usted, señal de que está muy contento. Me alegro.



Ahora, quédese aquí, le prohibo que me siga.

Adivinando con segurísimo instinto que convenía alejarse después de dichas tales palabras, taconeó al poney negro, que no tardó en llegar al lado del Rey Pausole.

Entraban en los arrabales.

Por todas partes, en las ventanas, en

las puertas, el gentío gritaba, alzaba los brazos, lanzaba vítores y ramilletes.

Obreros con camisa de color y pantalón de dril azul, burgueses con trajes de verano, muchachas desnudas, mujeres con sayas de colores, se inclinaban á orillas de las aceras con flores y ramas verdes.

Oíanse voces que decían :

— ¡ Lo veo!... ¡ es él!... ¡ ahí está!.. ¡ mamá, mamá! ¡ lo he visto bien, muy bien!

Niños y niñas lloraban, diciendo :

— ¡ Llévame, papá!... ¿ dónde está?... ¡ levántame en tus brazos... más, más alto!...

Una niña de tres años gritó, blandiendo por la pata una muñeca :

— ¡ Iva el Rey!... ¡ el Rey Popol!

Y Pausole la levantó con una mano, y la besó en las dos mejillas.

En todas partes, arcos de triunfo edificados durante la noche, se erguían, en calles, plazas y encrucijadas. Todas las ventanas lucían colgaduras. Telas de color, hojarasca, ramos, flores, cubrían las casas, las aceras, la calle, y hasta el cielo mismo. Desde las puertas de la ciudad hasta la Plaza Mayor. mil ocho-



cientas jóvenes desnudas formaban una fila morena y arrojaban una ola de rosas encarnadas al paso del Rey y de las Reinas. Las innumerables flores de junio caían de las ventanas á la calle, cual cascadas al torrente.

Pausole saludaba, saludaba, abría los brazos, inclinaba la cabeza, alzaba á veces una mano que parecía decir: « ¡Es demasiado! » Y su semblante todo devolvía, por su dulce expresión, al entusiasmo del pueblo, una afección paternal que á todos encantaba.

Á su lado, Filis, muy tiesa, tenía conciencia de sus nuevos derechos y de la parte que de las aclamaciones públicas podía corresponderle. Su mirada era severa y digna; mas, para no desdecir de la moda general, habíase quitado el alfiler que á medio busto sujetaba la abertura de su corpiño, y mostraba al pueblo sus senos criados á la sombra, muy orgullosa de sus pálidos pezones y de su piel transparente.

Taxis buscaba en su Biblia sanas distracciones á semejante espectáculo; pero la casualidad hizo que abriera el libro por el segundo de las Crónicas, y no

encontraba en la biografía de Salomón más que ejemplos mucho más escandalosos de las turpitudes á que puede descender el desenfreno de un rey.

Diana la Copetuda miraba á la gente alzando la cortina de su palanquín.

Gilillo, que volvía la espalda á la cabeza de su zebra, sujetaba por las manos á dos jóvenes que, á su vez, tiraban de una hilera de otras muchachas. Debía de ofrecer particular interés lo que les decía, pues, no bien pronunciaba una palabra, era ésta repetida de punta á punta, en medio de alegres risotadas.



## VI

## DEL PASO QUE DIÓ PAUSOLE POR SU CAPITAL.

Dos necesidades que reunirán siempre á los hombres en sociedades : la necesidad de orden y la de perpetuarse, determinaron á estos nuevos habitantes á pedir un jefe y mujeres.

BARÓN DE WIMPFEN. *Viaje Santo Domingo*. — 1789.

Por casualidad, el Gobernador y el Municipio se habían puesto de acuerdo para repartirse la honra de la insigne presencia regia; de suerte que Pausole aceptó el festín que le ofrecieron en el Ayuntamiento, y mandó llevar sus bagajes á las habitaciones que le habían sido preparadas en el palacio del Gobierno civil.

Había, sí, en algún sitio, un palacio de la corona; pero como nunca asomaba Pausole por su capital, había consentido en que la antigua morada quedara transformada en joven museo popular.

Inmediatamente después de la comida,

Pausole, remozado y no cansado por sus dos días de viaje, declaró que recorrería sobre su mula los barrios bajos de la ciudad.

Macaria, con aire plácido, lo recibió de nuevo sobre sus lomos, y bajó ambas orejas con gran resignación.

El Rey, Taxis y Gilillo echaron á andar sin escolta alguna.

En torno de ellos, el pueblo, siempre solícito, pero menos ruidoso que la víspera, llenaba calles y ventanas. Gritaban : « ¡ Viva el Rey ! », á lo cual Pausole contestaba : « ¡ Buenos días ! ¡ Buenos días, amigos míos ! »

Vendedores de periódicos recorrían las aceras, anunciando las hojas no secas aún :

— ¡ *La Paz!* ¡ *el Independiente!*

— ¡ *La Desnudez!* ¡ su edición de las cinco !

Un chicuelo, equivocándose, gritó á los oídos de Taxis :

— ¡ *El Monitor general de las jóvenes por alquilar*, veinticinco céntimos con su regalo !

— ¿ En qué consiste el regalo ? preguntó Gilillo.

— En un beso de un minuto, cobradero el domingo que viene.

Pero el muchacho se apartó vivamente para dejar pasar un coche-reclamo en que dos trifemesas de veinte años presentaban, tendidas, las puras líneas de sus aterciopelados cuerpos sobre una ancha tira de percal en que, en letras enormes, se leían las señas de una perfumista.

— ¡Lindas muchachas! dijo Gilillo muy encandilado.

— ¡Error! masculló Taxis.

— ¿Qué mujer podría gustarle á usted?

— Hubo una, caballero.

— ¡Oh! cuéntenos usted eso; nada hay más singular.

— Me asombra usted, señor Eunuco Mayor, dijo casi en tono serio el Rey. ¿Cómo, usted ha amado? Quisiera saber algo de eso.

— Amado, no. Nunca he amado más que al Eterno. No lo ignora Vuestra Majestad; pero ha habido un día en mi vida en que, frente á un ser del sexo femenino, he sentido la perfección de la obra divina. En una palabra, he conocido á una señora que realizaba perfectamente mi ideal de la belleza. Preciso, diciendo: mi ideal físico de la *belleza* moral. ¿Me comprende Vuestra Majestad?

— No; pero no importa... Siga usted.

— Bien. Dicha mujer era la única inquilina de mi padre. Dirigía una casa siempre cerrada y exteriormente decente, uno de esos pabellones que el Sr. Lebirbe combate, pero que yo creo excelentes por aquello de que concentran en un punto las impurezas de la ciudad, y, sobre todo, porque son enemigos del escándalo. Sobre este punto, nadie ignora que los protestantes son unánimes. La buena y digna mujer me recibía con frecuencia; mi padre sabía que mis principios y mi castidad ingenua permitían que entrara yo en su casa sin correr el menor riesgo; los domingos, al salir de la predicación, iba yo á jugar con sus niñas... Un día, pues, en momento de estar yo inculcándome un saludable horror del vicio por su contemplación misma, vimos entrar á aquella digna persona á quien mucho estimaba mi padre, por representar para él una renta de cinco mil francos anuales. Estaba desnuda, lo cual me impresionó interiormente. Su majestuosa obesidad imponía ante todo el respeto. Hubiérase dicho que llevaba en su vientre seis criaturas, y que pudiera haberlas criado á todas, tan enormes eran sus senos. No podía uno verlos

sin comprender que la maternidad es la misión primera y la suprema gloria de la mujer. En fin, para colmo de belleza... (de belleza moral, quiero decir), su vientre recaía ante ella con delicioso pudor hasta medio muslo. Su pecho era como una toquilla; su abdomen era como una falda: sus hijas podían, pues, mirarla sin crimen: aun desnuda, estaba velada.

Gilillo le dió un apretón de manos:

— ¡Ah! caballero, siento violento deseo de tomarle á usted por amigo íntimo, pues nunca nos batiremos con motivo de una mujer que pasa. Y las demás rencillas no cuentan.

\*  
\*  
\*

Pausole, que ya no escuchaba, designó ante una tienda un letrero adornado de una palma: « Sociedad Lebirbe, Gran Premio de honor. »

— ¿Es aquí, preguntó, donde vive la laureada?

— Sí, Majestad, contestó un vecino.

— ¿Dónde está esa niña? repuso el Rey. Quiero felicitarla. En efecto, si el S<sup>r</sup> Lebirbe manifiesta á veces deseos cuya

realización sería funesta para las libertades públicas, tiene muy buen sentido y ve claro tocante al capítulo de los principios que conviene esparcir. Seguro estoy de que ha efectuado una atinada elección entre todas las jovencuelas que podían aspirar á la corona de rosas. ¿Dónde está la agraciada? Díganle que le hago una visita. La joven se apresuró á bajar, y, tan pronto como vió al Rey, con presteza se quitó su ropa como quien se quita un delantal para ponerse mejores atavíos.

Era bonita de pies á cabeza.

— ¿Te han coronado? dijo el Rey.

— Sí, Majestad, esos señores han sido muy condescendientes conmigo.

— ¿Lo merecías?

— Como otras muchas. He tenido suerte, y nada más.

— Pero, ¿qué has hecho para que te coronen?

— Señor, mis padres son pasteleros. Los cuatro mozos que les ayudan pidieron mi mano, y cada uno de ellos dijo que se mataría si yo le rechazaba.

— El caso era difícil. ¿Cómo lo resolviste?

— No he querido que mi modesta exis-

tencia fuese manchada con suicidios. Me casé con los cuatro. Hay que ser caritativo, ¿verdad, Señor? ¡Son tan desgraciados los hombres cuando se les deja en la puerta! Poco es lo que piden: ¿por qué negárselo?

— Y, caso de presentarse un quinto, tendrías que decir que no...

— Nunca he dicho « no » á nadie, Señor; no está en mi carácter. En seguida comprendieron mis maridos que, siendo complaciente con ellos, ningún motivo había para que fuera adusta con los demás. Á todos parezco guapa en el barrio. No digo yo que todos me gusten; pero ¿qué le vamos á hacer? cada uno es caritativo á su manera. No somos ricos en casa, doy lo que tengo, me gusta proporcionar placer á la gente; y, cuando llega la noche, me duermo contenta cuando puedo decirme que he tenido buen corazón para aquellos que me solicitaban. En esto consiste mi modesta virtud.

Pausole estaba pensativo. Por fin, habló.

— Nada tendría yo que decir si no estuvieses casada. El matrimonio es una abdicación voluntaria de la libertad. Puede revocarse, esa libertad; pero, entonces, hay que separarse...

— ¡Oh, no nos metemos nosotros en tales honduras! Me he casado con los mozos de mis padres. Ellos ganan para vivir. Yo, me ocupo de la casa. Nuestro interés nos aconseja que no nos separemos;



y, como hay cariño, nos entendemos bien. Cuando, ya de noche, queda lista la casa y que mis maridos están en su faena, podría yo, imitando á otras, andar de puerta en puerta charlando con las comadres y desollando á los vecinos. Pero á mi me parece que, cuando tiene una veinte años, puede emplear mejor el

tiempo. No bien me he quitado la ropa, me dejo llevar por uno ó por otro : siquiera no desperdicio el tiempo.

— Vaya, está visto que envejezco. Veo que soy reaccionario y que las costumbres avanzan. No he de condenarte, hija mía. En el fondo, aplicas mis leyes mejor que yo mismo. Hasta ahora, tenía yo por jurisprudencia el castigar á todas las mujeres adúlteras que no huían de su casa. Hace muchos siglos, un dios se mostró más indulgente que yo. Es preciso que la libertad no pueda abdicarse, aun por mutuo consentimiento. Tu ejemplo me impresiona vivamente, hija mía, pues para nada tienes en cuenta mis principios, y tienes tu género de virtud, modesta según tú, pero que quizá sea muy grande. Dame la mano, te felicito.

Pausole prosiguió sus visitas; entró en talleres, tiendas, obradores; dirigió preguntas á los vagabundos que dormían á lo largo de las paredes, estrechó muchas manos negras, y vió muchas caras risueñas. Nadie se quejaba de la vida hasta el punto de atacar al gobierno.

De regreso al Gobierno civil, aguantó un segundo festín, escuchó nuevos dis-

curios, y estrechó nuevas manos con creciente cansancio.

Los invitados formaban grupos en los salones adornados de retratos de Pausole y de sus Reinas favoritas, y acababa el Rey de llevarse á Gilillo á un rincón para hablar con él de poesía, cuando surgió el jefe de la Seguridad.

Inclinándose con una deferencia alterada por el orgullo de haber cumplido con éxito su cometido, el jefe pronunció lentamente estas palabras :

— Tengo la honra de anunciar á Vuestra Majestad que su augusta hija, la Princesa Alina, ha sido encontrada sana y salva.

— ¿ Ya? exclamó Pausole.

— Sí. Habéis sido obedecido, Señor.

